

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo LXIII. De lo mal que le avino a Sancho Panca con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1686**

## CAPITULO LXIII.

*De lo mal que le avino à Sancho Pança con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.*

GRANDES eran los discursos, que Don Quixote hazia sobre la respuesta de la encantada cabeça, sin que ninguno dellos dièsse en el embuste, y todos paravan con la promèssa, que el tuvo por cierto, del desencanto de Dulcinèa: Alli iba, y venia, y se alegrava entre si mismo, creyèndo que avia de vèr presto su cumplimiènto; y Sancho, aunque aborrecia el ser Governador, como queda dicho, todavia desèava bolvèr à mandàr, y à sèr obedecido (que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas.) En resolucion aquella tarde Don Antonio Moreno fu hoesped, y sus dos amigos, con Don Quixote, y Sancho fuèron à las galeras. El Quatralvo, que estava avisado de su buena venida, por vèr à los dos tan famosos Quixote, y Sancho, apenas llegaron à la marina, quando todas las galeras abatièron tienda, y sonaron las chirimias, y arrojaron luego el Esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesi; y en poniendo que puso los pies en el Don Quixote, disparò la Capitana el cañon de cruzia, y las otras galeras hizieron lo mesmo; y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la chufma le saludò, como es usança, quando una persona principal entra en la galera, diziendo, Hu, hu, hu, tres vezes. Diòle la mano el General (que con este nombre le llama-

llamarèmos) que era un principal Cavallero Valenciano, y abraçò à Don Quixote, dizièndole: Este dia señalarè yo con pièdra blanca, por fer uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, avièndo visto al Señor Don Quixote de la Mancha: Tiempo, y señal que nos muestra, que en el se encierra, y cifra todo el valor de la andante Cavalleria. Con otras no menos corteses razones le respondiò Don Quixote, alegre sobre manera de verse tratàr tan à lo Señor. Entraron todos en la popa, que estàva muy bien adereçada, y sentàronse por los bandines: Pafsòse el Comitre en cruzia, y diò señal con el pito, que la chufma hizièsse fuera-ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que viò tanta gente en cueros, quedò pasmado; y mas, quando viò hazer tienda con tanta prièssa, que à el le pareciò, que todos los diablos andavan allì trabajando: Pero esto todo fueron tortas, y pan pintado para lo que aora dirè.

ESTÀVA Sancho sentado sobre el estanterol junto al espaldàr de la mano derecha; y la chufma (yà avifada de lo que avia de hazèr) puesta en pie, y alerta, assiò de Sancho, y levantàndole en los braços, començando de la derecha vanda, le fuèdando y bolteando sobre los braços de la chufma de banco en banco con tanta prièssa, que el pobre Sancho perdiò la vista de los ojos, y sin duda pensò, que los mismos demonios le llevavan, y no pararon con el, hasta bolverle por la finiestra banda à ponèrle en la popa. Quedò el pobre molido, hijadeando, y trasudando, sin podèr imaginàr que fuèsse lo que fucedido le avia. Don Quixote, que viò el buelo sin alas de Sancho, preguntò al General, si eran ceremonias aquellas, que se usàvan con los primeros

T O M. IV.

O o

que



que entravan en las galeras; porque si acafo lo fuèffe, el, que no tenia intencion de profefsar en ellas, no queria hazer semejantes exercicios; y que votava à Dios, que si alguno llegava à assirle para boltèarle, que le avia de facar el alma à puntillazos; y diziendo esto, se levantò en pie, y empuñò la espada. A este instante abatièron tienda; y con grandissimo ruydo dexaron caer la entena de alto abaxo. Pensò Sancho, que el Cielo se defencaxava de fus quicios, y venia à dar sobre su cabeça; y agoviandola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvò todas consigo Don Quixote, que tambien se estremeciò, y encogiò de ombros, y perdiò la color del rostro. La chufma yzò la entena con la misma prièssa, y ruydo, que la avian amaynado, y todo esto callando, como sino tuvièran voz, ni aliento. Hizo Senal el Comitre, que zarpassen el ferro; y saltando en mitad de la cruxia con el corvacho, ò rebenque, començò a mosquear las espaldas de la chufma, y alargarse poco à poco à la mar. Quando Sancho viò à una moverse tantos pies colorados (que tales pensò el que eran los remos) dixo entre si: Estas si son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dize. Que han hecho estos desdichados que assi los açotan? Y como este hombre solo, que anda por aqui silvando, tiene atrevimiento para açotar à tanta gente? Aora yo digo, que este es infierno, ò por lo menos es purgatorio. Don Quixote que viò la atencion con que Sancho mirava lo que passava, le dixo: A Sancho amigo! y con que brevedad, y quan à poca costa os podlades vos (si quisièdes desnudaros de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos Señores) y acabar con el  
defencanto

defencanto de Dulcinèa, pues con la miseria, y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra: Y mas que podría ser, que el sabio Merlin tomàsse en cuenta cada açote destos (por ser dados de buena mano) por diez de los que vos finalmente os aviades de dâr.

PREGUNTAR queria el General, que açotes eran aquellos, ô que defencanto de Dulcinèa, quando dixo el marinero: Señal haze Monjuy de que ày baxel de remos en la costa por la vanda del poniente. Esto oydo, saltò el General en la cruxia, y dixo: Ea, hijos, no se nos vaya; algun vergantín de cosarios de Argel deve de ser este, que la atalaya nos señala. Llegaronse luego las otras tres galeras à la Capitana, à saber lo que se les ordenava! Mandò el General que las dos salieffen à la mar, y el con la otra irìa tierra à tierra, porque assi el baxel no se les escaparia. Apretò la chufma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia, que bolavan. Las que salieron à la mar, à obra de dos millas descubrièron un baxel, que con la vista le marcaron por de hasta catorze, ô quinze bancos, y assi era la verdàd: El qual baxel, quando descubriò las galeras, se puso en caça, con intencion, y esperanza de escaparse por su ligerèza: Pero avinole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles, que en la mar navegavan; y assi le fuè entrando, que claramente los del vergantín conocièron, que no podian escaparse; y assi el Arraez quisièra que dexàran los remos, y se entregàran, por no irritar à enojo al Capitan, que nuestras galeras regia: Pero la fuerte, que de otra manera lo guiava, ordenò que yà que la Capitana llegava tan cerca, que podian



los del baxel oyr las voces, que desde ella les dezian, que se rindiessen; dos Toraquis (que es como dezir, dos Turcos borrachos, que en el vergantin venian con otros doze) dispararon dos escopetas, con que dieron muerte à dos soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual jurò el General, de no dexar con vida à ninguno de quantos en el baxel tomàsse; y llegando à embestir con toda furia, se le escapò por debaxo de la palamenta. Pafsò la galera adelante un buen trecho; los del baxel se vièron perdidos; hizieron vela en tanto que la galera bolvia, y de nuevo à vela, y remo se pusièron en caça; pero no les aprovechò su diligencia tanto, como les dañò su atrevimiento; porque alcançàndoles la Capitana à poco mas de media milla, les echò la palamenta encima, y los cogiò vivos à todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas quatro con la presa bolvièron à la playa, donde infinita gente los estàva esperàndo, deseosos de ver lo que trayan. Diò fondo el General cerca de tierra, y conociò, que estàva en la marina el Virrey de la ciudad. Mandò echàr el Esquife para traèrle, y mandò amaynar la entena para ahorcàr luego luego al Arraez, y à los demas Turcos, que en el baxel avia cogido, que serian hasta treynta y seys personas, todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntò el General, quien era el Arraez del vergantin? Y fuèle respondido por uno de los cautivos en lengua Castellana (que despues pareciò ser Renegado Español:) Este mancebo, Señor, que aqui vèes, es nuestro Arraez; y mostròle uno de los mas bellos, y gallardos moços, que pudièra pintàr la humana imaginacion: La edàd, (al parecer,)

no





*J. Vanderbank inv.  
Vol. 4. p. 285*

*Ger. Vander Gucht Sculp. 60*

no llegava à veynte años. Preguntòle el General: Dime, mal aconsejado Perro, quien te moviò à matarme mis soldados, pues veñas fer imposible el escaparte? Este respeto se guarda à las Capitanas? No sabes tu, que no es valentia la temeridad, y que las esperanças dudosas han de hazer à los hombres atrevidos, pero no temerarios? Responder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oyr la respuesta por acudir à recibir al Virrey, que yà entrava en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caça, Señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, respondiò el General, que la verà vuestra Excelencia aora colgada desta entena. Como ansi? replicò el Virrey. Porque me han muerto, respondiò el General, contra toda Ley, y contra toda razon, y usança de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian; y yo he jurado de ahorcàr à quantos he cautivado, principalmente à este moço, que es el Arraez del vergantin (y enseñòle al que yà tenia atadas las manos, y echado el cordel à la garganta, esperando la muerte.) Miròle el Virrey, y viendole tan hermoso, tan gallardo, y tan humilde (dandole en àquel instante una carta de recomendacion fu hermosa) le vino desseo de escusàr su muerte; y assi le preguntò: Dime, Arraez, eres Turco de nacion, ó Moro, ó renegado? A lo qual el moço respondiò en lengua assimismo Castellana: Ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni renegado. Pues que eres? replicò el Virrey. Muger Christiana, respondiò el mancebo. Muger Christiana, y en tal trage, y en tales passos? dixo el Virrey; mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended,  
dixo

dixo el moço, ó Señores, la execucion de mi muerte; que no se perderà mucho en que se dilate vuestra vengança, en tanto que yo os cuente mi vida. Quien fuera el de coraçon tan duro, que con estas razones no se ablandàra, ó alomènos hasta oyr las que el triste, y lastimado mancebo dezir queria? El General le dixo, que dixèsse lo que quisièsse, pero que no esperàsse alcançar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el moço començò à dezir desta manera.

DE aquella nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, naci yo, de moriscos padres engendrada: En la corriente de su desventura fuè yo por dos Tios míos llevada à Berberia, sin que me aprovechàsse dezir, que era Christiana (como en efeto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas, y Catolicas) No me valiò con los que tenian à cargo nuestro miserable destierro, dezir esta verdàd; ni mis Tios quisieron creèr la, antes la tuvieron por mentira, y por invencion, para quedàrme en la tierra, donde avia nacido; y assi por fuerça mas que por grado me truxeron consigo. Tuve una madre Christiana, y un padre discreto, y Christiano ni mas ni menos. Mamè la Fè Catolica en la leche; crièrme con buenas costumbres; ni en la lengua, ni en ellas jamas, à mi parecer, di Señales de ser Morisca. Al par, y al passò destas virtudes (que yo creo que lo son) creciò mi hermosura (si es que tengo alguna) y aunque mi recato, y mi encerramiènto fuè mucho, no deviò de ser tanto, que no tuvièsse lugar de verme un mancebo Cavallero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo Mayorazgo de un Cavallero, que junto à nuestro lugar, otro suyo tiene. Como me viò,  
como

como nos hablamos, como se viò perdido por mí, y como yo no muy ganada por el, sería largo de contar, y mas en tiempo que estòy temiendo, que entre la lengua, y la garganta se ha de atravesàr el riguroso cordel, que me amenaza; y assi solo dirè, como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio. Mezclòse con los Moriscos, que de otros lugares salieron (porque sabía muy bien la lengua) y en el viage se hizo amigo de mis dos Tios que conmigo me trayan; porque mi padre prudente, y prevenido, assi como oyò el primer vando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fuè à buscàr alguno en los Reynos esraños, que nos acogiesse. Dexò encerradas, y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro. Mandòme, que no tocasse al tesoro que dexava en ninguna manera, si acaso, antes que el bolviessè, nos desterràvan. Hizelo assi, y con mis Tios, como tengo dicho, y otros parientes, y allegados passàmos à Berberia; y el lugar, donde hizimos assiento, fuè Argel, como si le hizieramos en el mismo Infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la diò de mis riquezas, que en parte fuè ventura mia. Llamòme ante si; preguntòme de que parte de España era, y que dineros, y que joyas trayà? Dixele el lugar, y que las joyas, y dineros quedavan en èl enterrados, pero que con facilidad se podrían cobràr, si yo misma bolviessè por ellos. Todo esto le dixe, temerosa de que no le cegasse mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas platicas, le llegaron à dezir, como venia conmigo uno de los mas gallardos, y hermosos mancebos,

mancebos, que se podía imaginàr: Luego entendì, que lo dezian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atràs las mayores que encarecèrse pueden. Turbème, considerando el peligro que Don Gregorio corria; porque entre aquellos Barbaros Turcos en mas se tiene, y estima un muchacho, ó mancebo hermòso, que una muger por bellissima que sea. Mandò luego el Rey, que se le truxèssen allì delante para vèrle; y preguntòme, si era verdad lo que de aquel moço le dezian? Entonces yo (casi como prevenida del Cielo) le dixè, que si era; pero que le hazìa saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicava, me la dexàsse ir à vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostràsse su belleza, y con menos empacho parecièsse ante su presència. Dixòme que fuèsse en buena hora, y que otro dia hablariamos en el modo que se podía tenèr para que yo bolvièsse à España à facàr el escondido tesoro. Hablè con Don Gaspar; contèle el peligro que corria el mostràr ser hombre; vestile de Mora, y aquella misma tarde là truxe à la presència del Rey; el qual, en vièndole, quedò admirado, y hizo designio de guardàr la para hazèr presente della al gran Señor; y por huyr del peligro que en el Serrallo de sus mugeres podía tenèr, y temèr de si mismo, la mandò poner en casa de unas principales Moras, que la guardàssen, y la firvièssen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negàr, que no le quièro) se dexè à la consideracion de los que se apartan, si bien se quièren. Diò luego traça el Rey de que yo bolvièsse à España en este vergantin, y que me acompañassen dos Turcos de nacion, que fuèron los que matàron vuestros soldados.

Vino



Vino tambien conmigo este renegado Español (señalando al que avia hablado primero) del qual se yo bien, que es Christiano encubierto, y que viene con mas desseo de quedarse en España, que de bolver à Berberia. La demàs chusma del vergantin son Moros, y Turcos, que no firven de mas, que de vogar al remo. Los dos Turcos codiciosos, è insolentes, sin guardar el orden que trayamos, de que à mi, y à este renegado en la primera parte de España en habito de Christianos (de que venimos proveydos) nos echassen en tierra, primero quisièron barrer esta costa, y hazer alguna presa si pudièssen, temiendo, que si primero nos echavan en tierra, por algun accidente que à los dos nos sucedièsse, podríamos descubrir que quedava el vergantin en la mar; y si acaso huvièsse galeras por esta costa, los tomassen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas quatro galeras, fuymos descubiertos, y nos ha sucedido lo que avèys visto. En resolucion Don Gaspar Gregorio queda en habito de muger entre mugeres con manifesto peligro de perdèrse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ò por mejor dezir, temiendo perdèr la vida, que yà me cansa. Este, Señor, es el fin de mi lamentable història, tan verdadera como desdichada. Lo que os ruego es, que me dexèys morir como Christiana, (pues como yà he dicho,) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caydo: Y luego callò, preñados los ojos de tiernas lagrimas, à quien acompañaron muchos de los que presentes estavan.

EL Virrey, tierno, y compassivo, sin hablarle palabra, se llegó à ella, y le quitò con sus manos el cordel, que las

TOM. IV.

P p

hermosas



hermosas de la Mora ligàva. En tanto, pues, que la Morisca Christiana fu peregrina història tratava, tuvo clavàdos los ojos en ella un anciano peregrino, que entrò en la galera, quando entrò el Virrey; y apenas diò fin à su platica la Morisca, quando el se arrojò à sus pies, y abraçado dellos, con interrumpidas palabras de mil follozos, y suspiros, le dixo: O Ana Felix, desdichàda hija mia! yo foy tu padre Ricote, que bolvia à buscàrte por no podèr vivir sin ti, que eres mi alma: A cuyas palabras abriò los ojos Sancho, y alçò la cabeça (que inclinada tenìa, pensando en la desgracia de su passèo) y mirando al peregrino, conociò fer el mismo Ricote, que topò el dia que saliò de su Gobierno, y confirmòse que aquella era su hija, la qual, yà desatada, abraçò à su padre, mezclando sus lagrimas con las fuyas; el qual dixo al General, y al Virrey: Esta, Señores, es mi hija, mas desdichàda en sus suceßos, que en su nombre. Ana Felix se llama con el sobre nombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mis riquezas. Yo fallè de mi patria à buscàr en Reynos estraños, quien nos albergàsse, y recogièsse; y avièndole hallado en Alemania, bolví en este habito de peregrino en compañía de otros Alemanes à buscàr mi hija, y à desenterràr muchas riquezas que dexè escondidas. No hallè à mi hija, hallè el tesoro, que conmigo traygo; y aora por el estraño rodèo que avèys visto, he hallado el tesoro, que mas me enriqueze, que es mi querida hija. Si nuestra poca culpa, y sus lagrimas, y las mias, por la integridàd de vuestra justicia pueden abrir puertas à la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofendèros, ni convenimos en ningun modo con  
la

la intencion de los nueſtros, que juſtamente han ſido deſter-  
rados. Entonces dixo Sancho: Bien conozco à Ricote, y  
ſè que es verdàd lo que dize en quanto à ſer Ana Felix ſu  
hija; que en eſſotras çarandajas de ir, y venir, tenèr buena,  
ò mala intencion, no me entremèto. Admiràdos del eſtra-  
ño caſo todos los preſentes, el General dixo: Una por  
una vueſtras lagrimas no me dexaràn cumplir mi jura-  
mento: Vivid, hermòſa Ana Felix los años de vida, que  
os tiene determinàdos el Cielo, y lleven la pena de ſu culpa  
los insolentes, y atrevidos, que la cometieron: Y mandò  
luego ahorcàr de la entena à los dos Turcos, que à ſus dos  
ſoldados avian muerto; pero el Virrey le pidiò encarecida-  
mente, no los ahorcàſſe, pues mas locura, que valentia  
avia ſido la fuya. Hizo el General lo que el Virrèy le pe-  
dia; porque no ſe executan bien las venganças à Sangre  
elada. Procuraron luego dâr traça de facàr à Don Gaſpar  
Gregorio del peligro en que quedava. Ofreciò Ricote para  
ello mas de dos mil ducados, que en perlas, y en joyas te-  
nia: Dièronſe muchos medios, pero ninguno fuè tal, como  
el que diò el renegado Eſpañol (que ſe ha dicho) el qual ſe  
ofreciò de bolvèr à Argel en algun barco pequeño de hafta  
ſeys bancos armado de remeros Chriſtianos, porque el ſabia  
donde, como, y quando podìa, y devia deſembarcàr; y aſſimis-  
mo no ignoràva la caſa donde Don Gaſpar quedava. Duda-  
ron el General, y el Virrey en fiàrſe del renegado, ni confiàr  
dèl, los Chriſtianos que avian de vogàr el remo. Fiòle Ana  
Felix; y Ricote ſu padre dixo, que ſalia à dar el reſcate de  
los Chriſtianos, ſi à caſo ſe perdièſſen. Firmados, pues, en  
eſte parecer, ſe deſembarcò el Virrey, y Don Antonio Mo-

